

ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009), de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora. Luego continuó con *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008), y en Sangría con *Carne y Jacintos* (2010), *Retrato del diablo* (2012), *Apache* (2014), *Misa de batalla* (2016) y *Tierra cruda* (2018). También ha publicado el cuento *Circo de pulgas* (2003) y *Cabo frío* (2014), en nuestra serie Instantánea relación.

TRÍPTICO DEL SECANO

ANTONIO GIL

**TRÍPTICO
DEL SECANO**

**SECANO
1891
JUAN HUESO**



© Antonio Gil Íñiguez

International Standard Book Number: 978-956-8681-95-1

© Derechos para esta edición:

2021, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ramón Ríos, Angelo Alessio, Camila Soto Illanes y Martín Centeno.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en agosto de 2021 en Print Factory.

Impreso en Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con las editoras y los editores.

ÍNDICE

Secano.....	15
1891.....	73
Juan Hueso.....	141

*Para Manuela Riveros y la Colchagua
escuchada como cuentos de infancia, nube
que pasa por el cielo de los sueños, una
zinnia. El cordero pascual.*

Las ásperas comarcas del Secano Costero chileno, tierra dura y salvaje como pocas, fueron conquistadas a golpes de coraje y tenacidad como ha ocurrido con todos los parajes esquivos del mundo. Y es en recuerdo de esas mujeres y esos hombres que lo hicieron posible que van dedicadas estas líneas rudas y sin pretensiones.

Sólo como epitafio y recuerdo.

SECANO

1886

El secarral insolado se pierde hacia el Weste, huyendo de sí mismo y tropezándose en su propia rocalla rojiza. Trastabilla en el casajo de los cursos antiquísimos y en difusos laboreos abandonados.

Tarántulas. Hace mucho que la uña del caballo no pisa esta huella, pensó. Añares.

El valle huyendo del valle entre reverberos y apariciones.

Un cordero huacho. Una columna de humo. El olor hosco, vinagre, de los espinos torcidos.

Un estampido partió el silencio por el medio, de la misma manera que estalla y se raja una piedra en el calor.

Los ojos se perdieron rebuscando por esos lomaje de los siete demonios.

Hay muchos que nunca han sentido estallar una piedra, recordó y cambió las riendas a la mano izquierda, gesto que apuró el tranco del quilamutano por un callejón de arenisca entre dos promontorios de barro calcinado.

Alguna piedra revienta en las fogatas porque tiene aire metido adentro. Eso pensó. Pero lo que se oyó fue un escopetazo ronco. Demasiado cartón en la carga.

Allá. Allá abajo está el cazador recogiendo la gallineta. Un muchachón escuálido, calzado con chancas de totora.

Un cuarto de hierba o un medio de azúcar, más no me dan por esta pájara, calculó el jinete levantando el ala del sombrero y pasándose un pañuelo sucio por la frente. Mejor comérsela.

Al guardar el pañuelo sintió crujir en el bolsillo el voto donde marcaba su preferencia para el candidato Balmaceda Fernández. La papeleta venía doblada junto a la faltriquera. En ese instante sintió en el aire una fetidez de alpechín y de carneo. Un hedor imaginario, venido de todas partes o de ninguna.

Bajó la derecha hasta el cinto y la posó suave en la cacha de nogal del Smith & Wesson que descansaba en su funda.

Lo hizo con la misma actitud distraída de quien acaricia la cabeza de un perro.

En algún lugar remoto pitó un tren. Sabía que también podía tratarse de ese viento que, a las pérdidas, sopla de la mar allá lejos o una chilla pariendo su camada o el siseo de una corredora verde oculta entre las piedras. Raro el día, pensó.

Consultó el American Waltham, que sacó del chaleco tirando suave de la leontina: la una trece. Chancros. Para Caupolicán faltarían unas cuatro o cinco leguas. Tiempo escaso para llegarse a la urna y encajar el voto en la ranura. Eso pensó. En fin. Primero había que hallar agua para la bestia, que asesaba. Y mojarse la cara. Con suerte tomaría un respiro a la sombra de un durazno.

Rara calor para un martes dos de junio. Muy rara.

Desmontó y aseguró a la montura, ciñéndolo, el estuche de la carabina Spencer. Ya saben, una blow back.

Arriba, un cielo amarillo indio.

La Tierra es un trompo que gira a mil seiscientos kilómetros por hora. Pero no aquí. No en la costa chilena, morosa en su lentitud de chivos viejos y piños con epizootia, caviló, mientras las suelas de sus botas crujían sobre el rastrojo de trigo sarraceno.

Desensilló la bestia junto a un pozo.

Los ojos miraron al sur. Una nubada de color carbón de hueso avanzaba, preñada de lluvia desde vaya cualquiera a saber dónde.

De golpe la brisa se volvió fría. Muy fría.

La punzada de la astilladura peruana Remington calibre 43 cerca de la ingle le recordó que ese mismo frío baja cuando nochea en pampa Germania o en pampa Siniestra.

Acordándose de esto, el jinete se arrebujó en la manta de alpaca, igual como había hecho alguna vez en medio de un torbellino de polvo con el estandarte de seda que servía de insignia al batallón Arequipa y que él había arrebatado a los cholos de entre una tormenta de bayonetas y sables para usarlo como bufanda.

Que malos jinetes son los peruanos, recordó. El caballo hace lo que quiere con ellos.

Si damos fe a este recuerdo habremos dilucidado un enigma, ya que el episodio se encuentra debidamente historiado. El nombre de nuestro jinete es José Manuel Silva.

Pero eso ocurrió en otro mundo. En un tiempo perdido que ya no viene a cuento.

Ahora sí que es martes dos de junio, carajo, masticó el jinete, mientras rebanaba con el parralino una lonja de queso de cabra y el nubarrón dejaba caer sus primeros goterones sobre los garbanzales.

Muy pronto la lluvia desató su rumor de esquila hasta los confines.

Al alero de una patagua, el jinete apoyó la cabeza en los pellones de la montura y echó un trago de aguardiente, la carabina desenfundada sobre el muslo.

A unos tres metros seguía el quilamutano inmóvil, como hace la bestia caballar bajo el aguacero.

Sacó el alijo de fumar. El crujir del voto en el bolsillo volvió a traerle hedores a sangraza, a cuarteo de chanchos, a repasada de la bayoneta en el desierto. Sus manos se agarrotaron en la Spencer y con los ojos entornados, como para borrar una pesadilla, tentó de recordar el discurso del candidato esa tarde en que lo proclamaron. Lió un cigarrillo en papel de maíz.

La próxima enajenación de una parte de la propiedad salitrera del Estado abrirá nuevos horizontes al capital chileno si se modifican las condiciones en que gira y se corrigen las preocupaciones que lo retraen. La aplicación del capital chileno en aquella industria producirá para nosotros los beneficios de la exportación de nuestra propia riqueza y la regularidad de la producción, sin los peligros de un posible monopolio. El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es solo garantizar la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean éstos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos.

Hasta ahí se acordaba. Lo había leído en una edición atrasada de *El Ferrocarril*. Y concordaba con lo que él creía, al menos con lo que alcanzaba a entender. Cosa que, convengamos, no resulta nada fácil y hasta enrevesada.

El espíritu del valle

La lluvia imponía un imperio vasto y quieto. El reino de los cielos.

El jinete fumó despacio, mirando al infinito.

El naranjo, el durazno, los olivos, las viñas, la higuera, el granado, el almendro, el manzano y el cerezo, la lenteja y el garbanzo se regocijaban bajo aquella bendición que viene de lo alto. Vivificando. El agua, el espíritu del valle no muere. Es la hembra misteriosa. La puerta de lo misterioso femenino, la raíz del universo. Ininterrumpidamente prosigue su obra sin fatiga.

En alguna parte lo había escuchado. ¿Una declamación de Dublé Urrutia en la plaza de Santa Cruz? Quién sabe. ¿Quizá Alberto Blest Gana, el intendente, durante una

partida de dominó en el club de San Fernando? Sería muy extraño.

Tal vez sólo era algo oído en sueños.

Arrojó lejos la colilla, ensilló y devolvió la carabina a su funda en la silla. Montó de un salto. Ajustó el fiador del sombrero a la quijada y, picando espuelas, salió al galope en procura de Caupolicán.

El tiempo se apretaba. Las urnas se las llevan a las siete. Eso pensó. Voy con los segundos mezquinados.

Lo que fue un erial se había vuelto un lodazal negro, y el ventarrón soplaba arrachado bajo un revoltijo de nubes color de hollín y negro de Fráncfort.

Por allá el bobo de la gallineta, empapado, refalaba entre pedregales hacia una ranca de quíncha embarrada, arrastrando la escopeta.

Por acá, la huella medio perdida que lleva al universo repúblicano de oficinas, telegrafistas, reparticiones con chapas de bronce, funcionarios con chisteras, chiquillas risueñas, urnas y billares.

A sus espaldas se chingó otro escopetazo tísico.

Hueón. Eso pensó. Ahora baqueteaba el caño con papel mojado. Era de la raza de los que nunca en la vida van ha aprender un carajo.

Vida eterna

*Realmente es extraño ya no habitar la tierra,
ya no ejercitar las costumbres recién aprendidas.*

Rainer Maria Rilke

Ya que tiene la palabra el raro don de resucitar viejos muertos, Sebastiana Beltrán tañe ahora la campana en el fundo San Miguel.

Y desde el corredor enladrillado su marido don Cayo Íñiguez González, el carlista, mira pasar a lo lejos un jinete montando un quilamuta, distinto en estampa, a la distancia que sea, de los aculeguanos o de cualquiera de las buenas caballadas de Longaví, Caliboro, Cantenta o Guillinco.

Este era un potro barroso, cariblanco, con una mano y pata blanca, manchas blancas en el costillar izquierdo y derecho.

La imagen de Sebastiana Beltrán, mi bisabuela, se recorta aquí pues, viva para siempre bajo el campanil, contra el flamear del paisaje costino. Clavelinas.

Ya lo dijo Cristo Rey. Ella no está muerta, sólo está dormida.

El jinete escucha a su espalda el lejanísimo doblar de la campana. Más adelante repica el tañido de otros bronces. Liberal, liberal, liberal. ¿Dicen eso en verdad?

El voto que cruje cerca del corazón va anunciando, misteriosamente, diez mil muertos y mil doscientos kilos de terciopelo rojo en los cortinados del Teatro Municipal.

Imágenes extrañas en esos añojales.

El carlista en mangas de camisa mantuvo caballo y jinete bien encuadrados entre el punto y el alza de mira del Steyr Mannlicher, con el índice descansando en el guardamonte y un ojo cerrado hasta que caballo y jinete se le perdieron en el ángulo muerto.

Bajando el fusil austriaco pensó, a toro pasado: cada quien vote por el que le salga de los huevos y aquí paz y después gloria. Amén de los amenes. Liberales y su reputa madre, mascó. No olviden que en una sola tarde les escabechamos mil en la batalla de Lácar, en el valle de Yerri.

Peumos

Al cruzar la quebrada de los peumos el jinete supo que había salido de una mira, pero solo para entrar en otra peor. El carlista tenía fama de sensato por una razón simple. Esta no era su guerra.

Pero ahora cruzaba por los dominios de Napoleón Crisóstomo Clavel, y de seguro un Lee Enfield de cañón estriado lo estaría mirando con su ojo de cíclope. Alimañas. Clavó espuelas y galopó zigzagueando bajo la llovizna.

Clavel venía borracho de un viejo dios y su hermano Agapito era un conocido obispo de ese culto a Baal, Jehová, Yahvé o como les salga del hollejo de sus ásperos corazones mentarlo.

Echándose el fusil de cerrojo a la cara y esbozando al apuntar una sonrisa de dientes podridos, Clavel recordó que los ángeles rebeldes fueron capitaneados por Lucifer, quien enloquecido de soberbia osó ponerse a la

altura de Dios. Y entonces se hizo la guerra que duró miles de millones de años. La misma que para él, Napoleón Crisóstomo Clavel Gacitúa, católico, apostólico y romano, todavía no había terminado.

Con el ceño arrugado y la mueca cariada, Clavel apretó el gatillo.

Barro negro

La secanía inundada se escapa hacia el Oeste. Huye de sí misma como del diablo. Y en esa carrera hacia el Pacífico la vemos tropezar, ciega, desordenando su propia naturaleza en la fuga.

Su cretácico. La Era Prima revuelta con los mantos de sedimentación lacustre. Sus antiguos torrentes se repletan ahora y desaparecen esos campos de labor imposibles de definir. ¿Fueron eras donde se trillaron granos? ¿Canchas de una minería inmemorial? ¿Espacios destinados a rituales funerarios? Hace mucho no ha hoyado la herrada de un caballo este sendero. Eso pensó, escupiendo.

Tras el estampido, la bala pasó silbando lejos y un chisguetazo de arcilla negra se levantó a unos veinte pasos del jinete.

El valle huye del valle bajo la lluvia, esquivando fantasmas. El esqueleto de una vaca. El olor verde de un mundo nacido del diluvio.

Otro tiro fue a chascar más lejos que el primero, junto a un boldo achaparrado.

¿Dónde habrá aprendido a tirar este viejo culiao?, pensó el jinete, apurando la bestia por un bajo que se abría hacia Caupolicán y sus urnas. Las cigarrerías. Las chicherías y las niñas con labios de la color de pechugas de loica.

Sin saber muy bien por qué, volteó la monta y sacó despacio, cuidadosamente, la Spencer de su funda.

La taquicardia se apoderó del American Waltham, que comenzó a palpar, apurado, en el bolsillo del chaleco. El tiempo cambió de tranco.

Bajó la palanca de la carabina para embocar una bala en la recámara. Apoyó lento, muy despacio, la culata en la clavícula.

Apuntó aguantando el aire. Y sin desmontar exhaló, despacio.

El 30-30 resonó en el baldío.

Allá abajo, con gesto de estupor, Clavel bailó como un espantajo, para quedar luego colgado en las varas del corralón.

La volteada usó la morosidad de los sueños.

Un amasijo rojo grisáceo salpicó el murallón de adobe. De la casa salió una mujer. Ladró un perro. Nada del otro mundo. Algunos niños gritaban. En fin. La mujer dio un largo vagido.

El jinete enfundó la carabina y picó el cariblanco colina arriba.

Del otro lado, Caupolicán.

La mesa de votación ya estaría por cerrar. Se pelearían los últimos gallos en la rueda del tuerto Castillo. Las hembras macizas estarían todas encamadas, gruñó por lo bajo, oteando la esfera del reloj que le devolvió un destello enceguecedor. Había dejado de llover y desde el cielo abierto el sol caía a raudales.

Puso la bestia a trotar. Luego la soltó, a galope tendido.

Sombras viejas

En el pueblo ya imperaba la ley seca. Pero no fue obstáculo para que el jinete desmontara, dejara el quilamuta en el amarradero, entrara a la cantina y ordenara un pihuelo con punta de medio litro.

En el chinchel apenas se distinguían los bultos mudos que hacían por aquí y por allá los parroquianos eternos. Petrificados en edades geológicas inmemoriales.

Estampados negros contra negro, así son los hombres que ya no son.

Túmulos funerarios. Viejísimos restos informes flotando entre efluvios de alcohol y vinagre. Las mismas sombras de todas las borracherías. Idénticas, inmóviles, apenas respirando.

Quizá alguno esté vivo todavía, pensó el jinete. Pero el hedor es el mismo que sopla en el campo dos días después de una batalla. O el que brota cuando se abren en el desierto tumbas de incas o de otros chonquis inmemoriales.

—¿Vienes a votar? —preguntó sin mucho interés el encargado de la barra, poniéndole al frente un vaso de tinto con harina tostada y aguardiente.

El jinete revolvió con la cuchara de bronce el harinado y lo acabó de tres tragos antes de contestar, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Sí, a votar vengo. Cuídame el manco, Sanabria —agregó, haciendo tintinear un Cóndor de plata sobre el estaño del mostrador.

Salió a la luz. Sacó la Spencer de la funda y la llevó con él, al hombro, por la calle empedrada hasta el Consistorio, que así lo nombraban, donde un grupo de levitas y sombreros de copas apollilladas esperaba a los votantes.

Estaban los vocales sentados en una mesa presidida por un jarro de chicha baya. Olía a mosto nuevo. A ropa sucia. A conservadores apuntados en la plantilla de pago parroquial.

Firmó en un cuaderno ferroviario y sacó del bolsillo de la camisa su voto para José Manuel Balmaceda Fernández.

El papel crujió como diciendo desde muy lejos Lo Cañas, Lo Cañas. O cualquier otra cosa tan incomprensible y absurda como esa.

Hizo entrar el voto en la ranura de la caja, la golpeó con la punta de los dedos y le dedicó a los testigos un leve toque en el ala del cordobés.

El rayado del ánimo

Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo don Agapito Clavel y Gacitúa, junto a tres curas que más parecen muñecos de cera de la casa de Madame Tussaud que clérigos romanos, dirige el oficio mortuorio ante al féretro que guarda el cuerpo de su hermano Napoleón Clavel, también conocido como el rey de la lana merino.

Con voz honda va desgranando la jaculatoria.

Al fondo, la Virgen del Carmen. San Antonio de Petrel. El Santísimo Sacramento en una custodia que es un sol radiante de oro cincelado.

De profundis clamavi ad te, Domine.

Domine exaudi vocem meam.

Como a un perro cebado en los piños.

Igual que a un quiltro con rabia.

Como a un animal ha muerto al hijo de mi madre este culiado, medita el obispo mientras pronuncia el benedícti. Y como bestia tiene que morir esa gonorrea que infesta a la patria. Como ratas de galpón serán quemados los que

le quitaron la vida al hijo menor de don Jacinto Clavel y Montes de Oca, gran señor del secano costero salvaje.

Te lo juro, madre mía.

Fiant aures tuae intendentes in vocem deprecationis meae. Si iniquitates observaveris. Domine, Domine, quis sustinebit?

En la primera fila se distinguen los guardias rurales traídos del Maule por el prelado.

El grupo lo encabeza, ¿cómo podría ser de otra forma?, ese macabro figurante llamado Natalio Pinto, conocido emplumador de peruanos y garrotero de las Ligas Patrióticas del Norte.

El matón ostenta hechuras de hombre peligroso. La cara marcada. Diente de oro. Los pulgares colgando eternamente de la canana adornada con balas gruesas. El mentón erguido. Bigote lacio de facineroso de opereta. Solo aquellos que lo conocen mejor nos darían fe de que Pinto, más allá de su impostación, es apenas un triste lamebotas y un mariconazo perdido.

El obispo acerca suavemente sus labios húmedos a la oreja del espectral jefe de los rurales. Hay algo obsceno en la estampa. Pero la escena es así y no vamos a darnos, ni de joda, el trabajo de componerla.

Por las expresiones de ambos sabemos que no se trata de sugerencias sutiles. El rural recibe órdenes del Glorioso

Partido Conservador y de la Santa Madre Iglesia.

Sí, señor. Y bien claras.

Quis apud te propitiatio est, et propter legem tuam, sustinui te, Domine. Requiescant in pace. Amen.

Al tiempo que esto va sucediéndose en la capital provincial, en Caupolicán el jinete ya no está de ánimo para mujeres ni para carambolas de billar.

Se le han ido las ganas de todo. Un desánimo curicano se empoza en sus pensamientos. Un tedio sin fondo.

Caupolicán es poco más que un pueblo fantasma. O poco menos. Cuatro manzanas de fachada continua. Un cuartel policial. La estación del tren. La casa de las putas. La iglesia frente a una plaza devastada con la estatua de mampostería de un cacique piel roja. Los funebreros. Poco más. Una barbería. Y, naturalmente, esa cantina en cuyo frontis el jinete desata el cariblanco, devuelve la carabina a su funda y monta.

A Idango, decidió sin dudarlo. Si el pingo me aguanta púa, llegamos a la puebla antes que la noche se nos venga encima.

No alcanzó entonces el jinete a ver al bobo cazador de gallinetas escurrirse de entre las sombras de la cantina para ponerse tras sus pasos. A horcajadas en una mula negra va siguiéndolo de lejos, con harta más astucia que la

que mostró temprano, haciendo de cazador de pajarerías. La monta, herrada a la que te criaste, renguea.

Poco tardó el jinete en sentir que alguien le venía resoplando la nuca. Levantó la cabeza. La giró. Olisqueó el aire. Aquí. Allá.

Y apurando por un cañadón, cascajal abajo, aguardó.

El gznápiro de la gallineta, se dijo. A este pergné-tano lo vamos a cazuelear sin que se dé ni cuenta. Pero antes el mohoso va a tener que ilustrarme, con láminas coloreadas, con porotos y lentejas si hace falta, quién chuchas me lo puso de cortejo.

Se apeó del cariblanco intuyendo que algo no andaba bien. Nadie es tan viceversa como para dejarse ver así como así, salvo que sea justamente eso lo que busca.

Los verdaderos perseguidores me van a caer del otro lado. Eso es seguro, pensó, mientras le ponía las manecas al caballo y se escabullía entre los arbustos con el corvo historiado en una mano y el treintaiocho de cañón largo en la otra.

Me quieren vivo, musitó, agazapándose debajo de un maqui. Quieto. Aguantando el aire.

Pero pronto salió de su escondrijo para traer consigo la 30-30 que había dejado en la montura. Estos no vienen con chucherías de avancarga, ni a tirarme con botonados ni cabezas de clavo, como los pacos de antes.

Olía en el aire el aceite de las Winchester con el ánima rayada; estrías dibujadas adentro del cañón, las que completan un giro de trescientos sesenta grados, haciendo que la bala percutida rote, manteniendo así la línea de vuelo y multiplicando diabólicamente su alcance y puntería. Todo esto recordó mientras daba con un apostadero adecuado en un roquedal, entre matojos de palqui.

Los escuchaba venir igual que la liebre sabe que vienen los galgos antes de que éstos salgan siquiera de sus caniles. Antes incluso de que al cazador le venga el repentino antojo de tirar pal monte con una caramayola repleta de aguardiente de papa chanchera.

El Spencer con bala pasada y amartillado en el muslo.

En la hoja del corvo uña del diablo destellan como nunca los árboles de la muerte, los ojos de ángel y las cruces de Salomón.

La caballada no se hizo esperar por el Sur Este. Mucho jinete bien armado.

Miró el reloj. Las cinco quince en ese paisaje hecho a punta de fognazos, a golpe de rayos que fueron tallando

y replicando, porque otra cosa no sabían hacer, sus propias nervaduras para siempre en la tierra y haciendo refulgir la arena vitrificada en los ribazos. Así se engendró esta comarca. Con rabia. Igual que se engendran ciertos hijos, de pie contra la enfardadora. Con odio entre el pajonal de la trilla.

No rige estos parajes una divinidad benigna. No señor. No hay un buen Dios reinando esta gran terrada hecha de recogidas de mar, rayos, empujes de hielos y lluvias de aerolitos.

Con el primer tiro botó del caballo a uno que traía aires agallados y las hacía de puntero.

Cagaste, capitancito. Flor de durazno.

Todos miraron incrédulos a su compañero retorcerse, echando por la boca una sangrada negra.

El segundo fue el turco Bienvenido. A ese lo conocía. Sargento en Lurín. El chuchesumadre quedó con el culo parado entremedio de las raíces de un quillay y los sesos colgando. Había envejecido rápido.

Se replegaron.

Los moscardones verdes no tardarían en aparecer a poner sus larvas en los cuerpos. Semillas de gusano.

El canaca de la gallineta ya se había perdido por las estribaciones. Las quebradas gemían. Bramaban los cañadones.

Ya sabía de dónde venía la mano. Ligas patrióticas, garroteros, ladrones de ganado. Gente del obispo. Culebrones.

Soldados del Escudo Rojo. Pero, por más que rebuscó, no pudo dar con ese mal parido de Pinto.

Ánimas rayadas. Eso fue lo que se escuchó. Una descarga cerrada de rifles americanos con el cañón estriado.

El jinete mantuvo el Spencer en silencio. De pronto se lo llevó a la cara y le dio de lleno a uno que salió a la carrera. El cristiano voló, giró, hizo una reverencia, se sentó, se paró. Fue, por piedad, necesario un segundo tiro. Con este remate se echó bocabajo para siempre en medio de un charco de meados.

Otro que dejó de fumar, pensó el jinete, acariciando la culata del Spencer, arma que como se sabe adquirió una celebridad estelar en la batalla de Hoover's Gap durante la guerra de Secesión Americana, empuñado por la famosa Brigada Relámpago, comandada por el coronel Wilder.

El corvo en la cintura, sediento de sangre, con el filo hacia delante, centelló.

Alguien vio ese destello. El tiro picó cerca.

El jinete, encorvado, fue hasta el quilamutano. Quitó la manea, enfundó la carabina, montó y salió al tranco del teatro de guerra. Por la retaguardia de sus acosadores. Lento. Como quien pasea. Los cascos de la bestia, suaves entre la yerbabuena. Tenía experiencia como explorador. Sabía otear, husmear, medio adivinar el futuro, moverse sin ser visto.

Un lugar en el mundo

No más llegar a Idango, bien entrada la madrugada, supo que Balmaceda había obtenido veinticuatro de los veinticuatro sufragios de los electores de la provincia. Uno era el suyo. Seguro el último que entró en la caja. Sólo días después llegaría la noticia. El liberal había triunfado en todo el país sobre su contendor José Francisco Vergara, con un noventa y ocho por ciento de los votos. Pero también se supo que Vergara se había retirado al no conseguir el apoyo conservador, lo que no impidió a un despistado 1,82% de los electores del Norte entregarle el voto al candidato bajado.

Jazmín del Cabo

Se tendió vestido en su camastro de fierro, el Smith & Wesson empuñado en la mano derecha.

Sabía que el carnaval recién comenzaba. Y que el tema era simple. Él era el dueño de un campo. Los curas querían quitarle todo, a toda costa. Y para eso, según él lo veía claro, iban a tener que finarlo.

Recordó de pronto entre una nube de cansancio. Natalio Pinto, ese violador de niños, no estaba en el entrevero. Mala seña.

Aguzó los sentidos. Claro. Se le había adelantado para esperarlo en Idango.

Un olor a patas sucias que reptaba por el corredor de la casona triunfó sobre el delicado perfume del jazmín. Olió. Husmeó. Olor a patas sucias y pomada para el pelo. Y también ese olor dulzón del miedo. Él jinete debió haber nacido perro: ahí andaba el coliguacho perdido. Se calzó unas alpargatas y se ciñó a la cintura el corvo cuajado de círculos y árboles de la muerte, ojos del ángel, estrellas de Salomón y motivos de fuga, los que

contabilizaban el número de vidas que se había comido ese filo en media luna. Era un Uña del Diablo de asa de cuero negro endurecido, discos de cuerno de vacuno y monedas de oro, salido de la mejor fragua de Río el viejo. De la de Pedro Juan Espinoza. Serie 1836.

Dejó encendida la lamparilla de aceite de lobo y salió por el patio del naranjo.

Lo quiero vivo, caviló.

Ahora el hedor estaba adelante. Cerca. A la mano.

Vihuelas junto al fuego

Un rincón de esa noche sin luna en la llanura se alumbió con una siniestra pira donde ardían los cuerpos de los guardias rurales del obispo. Los mismos que el jinete mandó al otro mundo.

Se retorcían sus carnes en las llamas como lo harían sus sucias almas en el averno.

El purpurado, que a duras penas se mantenía en pie, peroraba con voz tartajosa:

—La Santa Iglesia nos aconseja fervorosamente preservar la piadosa costumbre de sepultar los cadáveres. En efecto, los cuerpos de los difuntos deben ser tratados con respecto y caridad en la fe y la esperanza de la resurrección. Enterrar a los muertos es una obra de misericordia corporal que honra a los hijos de Dios, templos del Espíritu Santo, nos manda el Catecismo.

Por ahí un borracho desaprensivo gritó:

—Cállate, marucho conchetumare.

El obispo simuló no oír. Casi no podía Su Eminencia contener la risa mientras predicaba estos principios a tal

partida de bandoleros. Los cadáveres chisporroteaban. Los globos oculares se deshacían cual granos de uva a los pies de las vendimiadoras.

Los cuerpos se volvían carbón y ceniza.

El humo de la chamusquina subía como los sacrificios de Caín, torcidos en el cielo torvo, inmundo, plagado de jotes.

—Recordemos que la resurrección de los muertos concuerda con lo que la Sagrada Escritura llama la venida de los nuevos cielos y la tierra nueva. No sólo el hombre llegará a la gloria, sino que el entero cosmos en que el hombre vive y actúa será transformado. La Iglesia a la que todos hemos sido llamados en Cristo Jesús, y en la cual por la gracia de Dios conseguimos la santidad, ordena este trato amoroso con los despojos de los que ya descansan en el seno del altísimo.

—Tate callao, pollerúo e mierda —gritó otra voz trizada por el guarisnaque idahuino, veneno malo con dos huevas.

A la luz de la fogata los gañanes se jugaban a los dados aperos, botas y relojes.

Las armas, se sabe, son propiedad del bando conservador. Y ya estaban apartadas las Winchester y los Colt junto a sus municiones en la oficina de la casa parroquial.

El obispo, con la mitra encajada hasta las cejas, tiró los huesos sin suerte por un juego de riendas de tiento y una bonita manta doñihuana a la que, con paciencia, las monjas Claras podrían zurcir con seda un agujero calibre 30-30 que le cruzara la pechera.

Medio cóndor de plata costaba la tirada.

El lote se lo llevó un andante enganchado a la rural en una topeadura de San Vicente. Un piojoso.

Renegando, el purpurado pateó de vuelta un cráneo que, rodando, se escapaba del rescoldo. Había rasgueo de guitarras y churrasqueo de lomo de caballo junto a esa fogata indescriptible de osamentas humanas.

El que no estaba por parte alguna era Natalio Pinto. Ese que pese a sus trazas de matasiete y su media sonrisa áurea se mostraba, para los que bien lo conocen, como un cobarde traga rosquillas.

Cambio de planes

El jinete avanzó con sigilo por el corredor de la casa tras su cazador, puma invisible tras el que merodeaba.

Una mancha negra en lo negro.

Pensaba interrogar a Pinto. Indagar. Sacarle hasta la última verdad o mentira que llevara dentro. Que hablara de sus patrones. Que drenara toda su historieta, colgado bocabajo en el galpón. Sabía cómo hacerlo. Era tan simple como gotear aceite.

Pero de pronto cambió de idea.

Vio a los niños que había violado el carajo en un hospicio de Puno. La cara de un cholito destrozada a rebencazos tras ser sodomizado por Pinto allá por La Oroya. Vio rojo en mitad de lo negro.

Y de golpe se le fueron todas las ganas de saber huevadas. Agarrándolo de improviso del pelo engomado, le pasó con fuerza el filo de su temido uña de diablo por debajo de la nuez. Sintió romperse el músculo escaleno medio, el esófago y la yugular. Todos en un solo tirón. Facilito.

Pinto cloqueó.

Un chorro de sangre hedionda fue a brotar y el jinete sacó al degollado de un empellón del enladrillado para no ensuciar, llevándolo en vilos por entre un macizo de hortensias.

El tal Pinto, vuelto una fuente roja, iluminaba muy tenue la hondura nocturna.

Una visión velada y rara.

Ahí lo dejó, entre borbotones, irse pal otro mundo o donde chanfainas le toque tramitar su suerte ultraterrena a un espantajo como ese.

Esperó. Le revisó los bolsillos. Cachivaches. Sagrados corazones. Un Omega con cadena. Una llave. Tres cóndores esterlinos. Le sacó el diente de oro con la punta del cuchillo. Un canino que sopesó en la mano medio cerrada. Doce gramos. O trece al 99.7% de pureza.

Cuando estaba por concluir el examen le llamó la atención el sonido de un papel muy doblado, crujiendo escondido en el forro del chaleco. Desgarró el forro de seda y, tras poner en un pañuelo el extraño pliego junto al reloj, el diente de oro y las monedas, arrastró el cuerpo de un tobillo hasta el pozo séptico, donde lo dejó caer. Una lejana salpicada se oyó una eternidad después, allá bien abajo.

Unos borbotones y adiós. ¿Cuántos cristianos habría en este pozo? Ya no se acordaba. Un saco de cal viva se

lleva el cuerpo, el nombre, el recuerdo, los motivos. Y a otra cosa. En la mañana echaría dos bolsas grandes en el pozo negro.

Sopesó y palanqueó la carabina del finado. Gringa. Estaba buena para choco. Y facón cuyano bien templado cargaba además, el conchas grandes de su madre. Con ése seguro quería llevarle su cabeza de recuerdo al obispito borracho y colipato que le pasaba los morlacos y que se estaría revolcando en su camastro al no tener noticia suya.

A los niños violados, para ser sinceros, nunca los había visto. No con sus ojos al menos. En esta vida hay que ser franco. Pero tampoco hacía falta. En su patrulla había harto gancho bueno para contar lo que veían con pelos y señales, porque que para eso estaban, haciéndola mi señor de exploradores expedicionarios del ejército chileno.

Y escucharlos era como ver, si no mejor.

Además el filórico no tenía convite aquí ni para conversarse un huachucho con enjundia, ni para recordarse de bueyes perdidos, ni para contar mentiras de la guerra en el desierto.

Lo venía a espinacear.

Pero a ese piano le faltaron muchas teclas para darle el bajo a un explorador de la pampa que había ido y vuelto bien hondo tras las ofensivas enemigas.

Se olió con asco la palma de la mano: perfume de nardos. Rápidamente se la restregó en la pernera.

Volvió en silencio, como vino, por el patio del naranjo a su dormitorio, se desvistió por completo y se durmió como un bendito.

Soñó con las llanadas ocres. Con las quebradas también ocres que bajan mugiendo igual que vacas perdidas hacia el mar. Y en esas vastedades ocres y rojas vio a un ser blanquísimo, casi vaporoso, vagando y apestando a perfume barato y a mierda. Había con él otros. Legiones de seres transparentes allá, en un mundo espectral donde bailaban los fuegos fatuos y se incubaban grandes huevos de monstruos indescritibles. Culebrones. Piguchenes. Las ovas de un destino funesto. El germen del futuro.

Cerro Diamantes

Despertó con la primera clarisa. Se lavó la cara en un lavatorio con el agua de la jofaina y desplegó con cuidado sobre una mesa el pliego crujiente, que había pasado la noche junto al reloj y al diente de oro del finadito Pinto. Con muchas dificultades fue leyendo ahí un viejo y rarísimo manuscrito que estaba a punto de volverse polvo:

Esta provincia, contenida entre los ríos Cachapoal i Teno, la cordillera i el mar del Sur, linda por el norte con la de Rancagua deslindando las rápidas corrientes de Cachapoal, i por el sur toca en la de Maule dividiendo las de Teno. Su estension de oriente a poniente es de 40 leguas i 30 de norte a sur, que da una area de 800 cuadradas para 420,200 habitantes, i en el día solo tiene 41,197.

La fertilizan cinco ríos i varios arroyos, i son aquellos ríos Clarillo, Tinguiririca, Chimbarongo, Nilahue i Teno. Acude con los mismos frutos quo la

de Rancagua, i se cosechan cien mil fanegas de trigo, mucha aceituna, vino, todo jenero de legumbres, i grande cantidad de fanegas de pimienta. Se crian 40,000 reses del ganado vacuno, 90,000 ovejas i cabras i cantidad considerable del caballar; de modo que los ramos de su agricultura valen anualmente 330,000 pesos, i con ellos hace su comercio con el Peru i con el obispado de la Concepcion, despues de su consumo i del abasto de sus minas.

Las tintas medio desvaídas del escrito centenario obligaron al jinete a rebuscar una lupa en el cajón, entre la goma arábica, los sobres y los plumines. La halló y con su ayuda prosiguió la extraña lectura.

En su territorio mediterraneo tiene muchas minas de oro i de cobre en el Durazno, Apaltas, Peñuelas, Güilquelemu, Barriales, Oya, Neiras i Cañas, con bastante numero de trapiches i martinetes para moler i fundir sus minerales. También hai un lago abundante de peces i de pajaros; i en sus costas los puertos de Topocalma, Navidad, Buena Esperanza, Cuevas, donde podian sus habitantes proporcionarse muchas ventajas para su comercio.

En la parte de cordillera que la corresponde es regular que haya ricas minas de plata, pero no se han reconocido sus montes por espuestos a incursiones de los indios pehuenches. Por una casualidad sabemos que hai riquísimas minas de diamante de mucho brillo. Pocos años ha que huyendo de la justicia un francés por una muerte que hizo, atravesó los Andes por esta parte, i en el cordón del cerro de aquellos montes halló unas piedrecillas brillantes, i sacó algunas con la punta del puñal que llevaba, i las guardó. Tuvo la felicidad no solo de salir a la provincia de Cuyo, sino tambien la de llegar a esta corte donde ocurrió a un lapidario con las piedras, que, reconocidas ser excelentes diamantes, fue descubierto. Perdonado su delito, se le mandó volver a Chile, i se pasó orden a aquel gobierno para que le hiciese entrar en los Andes, por la misma parte hasta llegar a hallar la mina; pero falleció en la navegacion i se frustró este precioso descubrimiento, que está impedido por las correrías de los pehuenches. Sobre la misma altura, por la aparte oriental de la misma cordillera, está el cerro de los Diamantes, denominado así por las piedras de este jénero que en él hai, i que le descubrió N. Diaz por los años de 1717, hallándose cautivo de los pehuenches presentó en esta corte su derrotero, que se remitió al capitán jeneral de Chile, porque

la provincia de Cuyo correspondía entonces a aquel gobierno, i se ignora el motivo de no haberse hecho su reconocimiento, pero es fácil de coleccionar.

Pensativo, mareado, embolinado, el jinete volvió a plegar y a guardar el documento. ¿Qué chucha es esto, virgen santísima de la Candelaria? Dímelo, te ruego. Por tu milagrosa zorrita siempre intacta.

Rumbo al cagadero, por el corredor, le llamó la atención un relampagueo minúsculo entre el ramaje del patio. Algo titilaba bajo las hortensias, sobre una mancha de sangre seca, renegrida.

Era un guijarro traslúcido que, herido por la luz, despedía colores de arcoíris. Tenía que haberse caído cuando rasgara el forro del chaleco a Pinto.

Lo tomó entre el pulgar y el índice. Lo miró al trasluz. Por ir desnudo se lo guardó en la boca, debajo de la lengua, y apuró la carrera hacia el retrete. Llevaba prisa por vaciar la tripa.

Mientras cagaba sobre los muertos olvidados jugaba a cambiar el pedrusco de lugar en la boca, como si buscara en él algún sabor a sabiendas de que no lo había. Aparte del olor a sangre seca. A excrementos. A correrías por el monte.

Vació el intestino encima de todos esos que en algún momento se creyeron mejor que él. Esos que ahora ya

no pueden esconder lo que son: mierda entre la mierda. Siempre pensó que Pinto iba a ser más difícil. Traía fama de ser una chilla, el hijoeputa.

Y sólo entonces fue que cayó en la cuenta.

Le había hecho la barba a un badulaque oloroso a Pinto, con las maneras de Pinto. Con el diente de rufián de Pinto. ¿Pero no a Pinto?

La gran puta. La concha de su grandísima madre. ¿Lo habían hecho huevo de pato, mandándole como cebo al idiota de la gallineta?

Miró el interior del pozo negro y sólo vislumbró un burbujear informe y gris.

Mierda sobre mierda.

¿Y las piedras brillantes? ¿Y el escrito que se deshacía de viejo, escondido en el forro del chaleco?

Entonces se acordó que en veces la sesera se le acalabraba. Que imaginaba fantasías. Estaba pasando lista de varios casos acaecidos así como para sosegarse cuando sintió el tronar de una escopeta. Muy cerca. Y ya sabe bien de lo que es capaz una perdigonada muy cerca quien alguna vez cebó y disparó a bocajarro un escopetazo de avancarga. Estamos hablando de un asunto bien culiado.

Saltó para atrás.

Y cayó metros y metros y metros en su propio infierno séptico, donde se hundió en edades sedimentarias, aguantando el aire.

Muy luego sintió que alguien defecaba sobre él.

Como pecas, pagas. Ese lo conocía. Sólo deseó que no se hallara los sacos de cal viva que guardaba, entre otras cosas, para cubrir a los animales muertos de picada. Y para sanear el pozo negro.

Pasó el tiempo.

Interminable.

Otro vino y meó en el pozo.

Meada de viejo, a chorros cortos. Meada obispa, imaginó con rabia.

Envidia

Al rato sintió que algo se movía debajo suyo. ¿Un cuero de agua?

Entonces vio emerger la cabeza de Pinto. El bigote lacio. El gesto todavía arrogante del filórico, aunque llevara un tajo abriéndole el guargüero hasta el tungo.

El jinete sintió envidia.

Por primera vez en toda su maldita vida sintió envidia. Y, carajo, ¿tenía que ser justamente envidia de la fanfarronería de un puto muerto que seguía manteniendo arrestos de guapo en mitad de esa inmundicia del infierno?

Él, que nunca sintió envidia. Ni de Roberto de la Grive, dueño de un piño de once mil corderos gordos y sanos como monaguillos, ni del macho que se comía a esa hembra con una cintura que se encerraba con una sola mano y un par de tetas caídas para arriba que pasó un mal día por Lolol, mandada por el diablo para volverlo loco, haciéndole olvidar que no es buena cosa deseársela la mujer al próximo. Y menos si éste era el juez Belisario Caroca.

¿Venir a sentir ahora envidia de esa cascarría que se pavoneaba más allá de la muerte ?

Hay que vivir para ver lo huevones que somos.

Trote áspero

Valles abajo, como para que se entienda mejor, en el rumbo que lleva a la Agencia Postal del Rosario, suda el obispo montando un macho de tranco antipático. Los peleros se escurren bajo la teja de vellón. De a pie le lleva por las riendas el tonto de la gallineta flaca, la escopeta terciada.

—Lo finamos —suspira el clérigo—. Pero parece que perdimos al capitán Pinto. Que Dios lo tenga en su Gloria —agregó, santiguándose.

—Así, sí, sí —gorjea el bobo, que a las claras sabe que erró la descarga de ferilla y que bien sabía que Pinto era un perro abominable, a quien solo el Malo, si acaso, daría alojamiento más allá del óbito.

Le estamos dando mucho crédito al cretino. ¿O ya descubrimos su condición de tonto pillo, especie endémica en la Costa?

De las tinieblas a la luz

Con la espalda apoyada en el murallón irregular del pozo, el jinete comenzó a ayudarse con los pies en la pared contraria del socavón. Había que pensar en otra cosa. Y subir.

¿Pensar en quién era? Mejor quedarse abajo que pensar. ¿El futuro? En eso no creía. Pensó en su difunta madre amasando, en su finado padre mirando cuajar las viñas. Recordó las trillas y cómo entre esa fertilidad las hembras se entregaban solas, como damascos maduros. Recordó el rasgar de las vihuelas, el Cristo de Mayo, y cómo esos curas hijos de perra se estaban adueñando de todas las tierras buenas. Campo tras campo, hasta el horizonte. Con engaños. Con promesas. Con partidas de bandidos y políticos. Todos tiburones de agua sucia que lo habían amañado todo. El manejo de los precios de la lana. La banca usurera. Toda esa peste que se iba a terminar con Balmaceda en el palacio de gobierno.

La furia lo ayudó a subir. La conchesumare, la conchesumare, la conchesumare, Dios te salve María. Llena eres de gracia.

El odio sordo lo fue empujando mundo arriba, hasta la lejana boca de luz.

Carajo.

Horas le llevó lograrlo. La puta que te parió, santa María, madre de Dios. Y se retrepó jadeando en el cajón de madera que servía de asiento.

Recién ahí vio que estaba herido.

La perdigonada le había alcanzado el antebrazo izquierdo. Pero lo que ahora urgía era salir de esta cámara mortuoria. Y bañarse en la acequia. Tomar un litro de vino tinto. Y seguir haciendo lo que estaba destinado a hacer en la vida, aunque no tenía la más pájara idea de qué diantres podría ser aquello.

Ahora a lavarse de esos siglos de mierda, hermana de la muerte. De toda esa podredumbre de fosa común y barro de cementerio.

En su boca, todavía, el guijarro prodigioso. La piedrita deslumbrante.

Sólo al levantar la cara pudo ver la magnitud del incendio. La casa. La casa de sus abuelos. El lar de su sangre, ardiendo por los cuatro costados.

Volaban por el cielo las pavesas.

El molino era ceniza. Tizne la herrería. Una fogata inmensa el galpón, ayer no más repleto de alfalfa de segundo corte. Los dormitorios, la cocina, el corredor, la cosecha de avena vuelta chispas.

Hasta los huesillos ardían en los secaderos.

Era el fuego del mal, del inframundo, abarcando su vida hasta en los más recónditos rincones.

Comprendió entonces que si todo se consumía como yesca era porque nunca tuvo la importancia que él le daba.

Lo grande, lo bueno, lo sagrado no arde, carajo. Y de inmediato recordó la consigna de los soteros viejos de la Diez Oriente de Talca: roto choro no estrila.

Corrió hasta su dormitorio, cruzando entre las llamas. Dando saltos sobre el suelo caliente descolgó la cartuchera con la Smith & Wesson, la funda con la carabina Spencer 30-30 y el Winchester quitado a los esbirros del obispo. Así fue como un fantasma untado en mierda y carroña saltó vuelto un rayo a la montura y taloneó al quilamutano en pos de un cielo nuevo y una tierra nueva, dejando el infierno que alguna vez fuera su casa atrás. Al espinazo.

Cielo nuevo

Subió el jinete por La Aguada, donde tenía amigos que le prestaron sin hacer preguntas un jabón de Marsella y un barril de agua asoleada.

En Cerro Colorado el viejo Arquímedes Salinas, buen liberal de los de antes, le pasó su buena manta color vicuña y cuatrocientos tiros.

Una chupalla de paja plateada, un pantalón de diablo fuerte y dos mil cóndores fueron el aporte de Alonso, el de las aceitunas, hasta hace poco hombrón harto reacio a apoyar a Balmaceda, por hallarlo medio loco.

En la carpintería del cruce Las Damas, donde Galindo, se agenció una sierra y un tornillo para recortar el Winchester. Duro le salió el cañón. Buen fierro el de estos gringos retamboreados.

La culata de castaño fue una mantequilla que pulió a lima y lijó con tiempo, con tiento, y así como rezando el pater noster hizo un choco que se podía esconder hasta en la manga.

Un choco de la gran siete.

En Mallermo se recortó el bigote frente a un espejo desconchado en casa de la Eulalia Garrido. Tomó su aguardiente con harina y siguió viaje, provincia adentro, por unos campos que ardían y ondeaban igual que banderas en el frío de junio, como si los hubiese agarrado una fiebre.

—Cabro Silva, vay amarditado de más —le susurró por lo bajo la viejarruca, con fama de meica y de bruja, quien le sacó los perdigones del brazo empujándolos con una astilla de matico allá en el caserío de Las Varillas—. Eso llama a las ánimas y despierta en los cementerios a los muertos más perversos.

El jinete pareció no escuchar.

A galope tendido atravesó San Miguel de los Llanos. Pailimo. Carrizalillo. Alcones. Ligueimo. El Tambo. Nilahue. Potreros donde las cabras ramoneaban en el pajonal dejado por los últimos garbanzos.

Volteó a un bolsas de humo de Santa Cruz, que en su infinita inocencia le salió al paso para desplumarlo. Dos tiros y angelito pal limbo, con un par de ojos extras para apreciar los prodigios y maravillas que de seguro le estarían reservados en alguna parte a los pelotudos de fuste.

En un apostadero, antes de entrar a Lolol, tuvo que bajar con el choco a tres rurales, de esos enganchados en la cárcel de Peumo, a los cuales emboscó largando el caballo adelante, solo. Como huevones cayeron esos, a

los que se dio tiempo de repasar con el corvo, cogote a cogote. Sangre negra. Ñache del malo, decía su padre. Del que se bota a la acequia.

Cruzó hacia las salinas.

Subió por La Lajuela.

Cruzó las empastadas bajo una eterna llovizna, que caía con sosiego y bendita sobre el imperio.

Trotó arenadas y tierras yermas.

Sobre el jinete y su caballo volaron todos los pájaros tuetué de la provincia.

Y galopó y galopó y galopó, hasta que bestia y jinete hubieron de cansarse.

Desde lejos se escucha una cueca con piano y pandero, cuya letra reza, si le ponemos oído:

Mi vida ganó el ba
ganó el bando libérale
mi vida y el conser
y conservador cayó.

Mi vida viva vi
viva viva Balmaceda
mi vida cuyo par
cuyo partido triunfó.

Triunfó como se sabe
y es evidente
castigar al pechoño,
mi vida, por insolente.

Por insolente, sí,
y a los banqueros
y a los explotadores
mi vida, por usureros.

Seré mientras yo exista
balmacedista.

El jinete enrumbó, taloneando suave, el caballo hacia el lugar del jolgorio. Allá, a la afamada posada de don Santos Fajardo. Algo por ahí.

O Contardo. Da lo mismo.

En su boca el pedrusco brillante iba y venía entre dientes y encías. O lo pegaba con la lengua al paladar.

Amarró lento el quilamuta, algo inquieto, a la vara de acacio. Como recelando. Bajó la derecha a la cacha del Smith & Wesson.

Con la izquierda se subió el ala del sombrero en la frente. Y así entró a las tinieblas olorosas a chacolí, a cebollón, a papas cocidas, llevando en la cacha del treintaiocho con las uñas el ritmo de la cueca.

En la oscuridad se le acercó una oscuridad. Despacio. El jinete amartilló el revolver.

—¿José Manuel Silva? —preguntó una voz metálica, bien fundida.

—A lo mejor alguna vez fui ese. Ahora soy un resucitado —contestó el jinete—. Un andante.

—Sólo tengo que decirte un par de palabras, mi amigo —replicó con autoridad la sombra—. En este entierro la Iglesia no lleva vela. Es la pura codicia personal de Clavel. Y te lo digo con certeza: yo soy el párroco de Cáhuil. O era. Por último, el obispo Clavel está en el convento de las monjas de la Purísima, camino a Paredones. Por si lo quieres pasar a ver. Sería un bonito gesto.

Mano de monja

La cueca del presidente liberal seguía sonando atrás, cada vez más lejos, y el quilamutano no aflojaba en la carrera. Al atardecer o poco antes, contra un cielo azul se recortó el grueso edificio conventual.

El jinete se apeó, adolorido. Echó un trago de guachucho de su calabaza.

Saltó el portón entre las ramas de un naranjo. Con un destello sacó de la faja la cuchilla de capar y se perdió sigiloso en los laberintos conventuales.

Hace frío. Un hielo que cala. Todo está en silencio.

En vez del sonar del armonio o la voz de almíbar de las monjas, el mundo se llena de repente de un alarido grueso, viejo.

Un quejido sucio que se ahoga dos veces, atragantado. Igual como dos tacadas a una escopeta.

No hace falta ser Nostradamus para adivinar el origen de tan gutural cloqueo. Es el sonido de los dos

compañones de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo don Agapito Clavel y Gacitúa, asfixiándolo y bajándole por el gaznate.

El jinete salió tal como vino.

Montó.

Atrás, un revuelo de esposas de Cristo. Mucho Dios Santo y Aves Marías.

Sin apuro y jugando con la piedra brillante que llevaba en la boca, puso rumbo al Weste.

Suavemente.

Cabalgando sin apuro hacia el crepúsculo.

1891

PRIMERA PARTE

Entrevero

Tajeando el aire, como partiendo en dos el cielo del apiñadero, el corvo cayó dibujando una rápida media luna. Un zarpazo de puma que el rival esquivó con finta de bailarín.

No alcanzando a morder lo que buscaba, remontó entonces la hoja curva su vuelo desde el polvo, ahora en procura del cuello, en ese tiro hambriento, de envés, al que los cuchilleros viejos llaman picotazo del cóndor o puramente la macheteada.

Los ponchos envolviendo el brazo del quite. Un pie adelantado.

Cauteloso.

Las plantas arrastrándose, recelosas en los avances y reculadas.

Fijos los ojos en los del adversario. Dos brasas.

Las peleas de cuchillo a la chilena se parecen a las de gallos finos, pensó Santos Ahumada, mientras miraba desde

la puerta del corralón y pasaba la lengua al engomado dulzón del papel de fumar Aurora.

En contragolpe el yatagán avanzó sus dos buenos palmos de fierro negro para abatirse luego, echando chispas bajo la sajada que le descargó el uña de demonio, frenándolo en seco y torciéndose sobre él, tentando aflojar la empuñada.

Solo esquivando rápido, hacia atrás, pudo la bayoneta zafarse para buscar, ya exhausta, una estocada postrera.

Ahumada enroló y encendió su pitillo.

Pasó de largo el que enarbolaba el cuchillón militar, sobrando.

Entonces el del corvo estimó llegada la hora de poner un punto final al cotejo.

Así fue que, arrebolando el poncho y apuntando en un solo gesto, descargó la hoja curvada.

La garra entró de arriba abajo, un tiro que se adentró por el tercio delantero del hombro.

La cuchillada se metió hondo por detrás de la clavícula. La hizo astillas.

Sangre roja y negra subió, ondeando como una llama, desde la arteria subclavia cercenada.

El estupor hizo que el herido diera dos o tres pasos hacia la salida. Los ojos muy abiertos en un ademán sonámbulo.

Luego, entre colvulsiones, trastabilló hasta caer de bruces.

Nadie hizo amago de acercarse.

Olor a hierro caliente, a palqui.

El hombre, que sangraba y cloqueaba, al cabo dejó de moverse. Tal cual lo dice la Biblia: la muerte llega como un ladrón en la noche.

El del corvo limpió la hoja en su pernera. Se echó el poncho al hombro y sin apuro caminó hacia un caballo negro como nube de lluvia que estaba atado allá, en la vara de patagua.

En la mano derecha del caballo, una cinta roja para quebrar la ojeadura.

Montó sin prisa. Y salió al paso, bajándose a la frente el ala del sombrero para apantallar el sol de la tarde.

Nada importante había pasado. Nada que no hubiese ocurrido ya antes en el honor de los siglos con mancha,

untados, pringados, percutidos de toda laya de muertes y finales violentos.

El motivo de la disputa ya no lo recordaba nadie. Ni el duelista muerto ni el duelista vivo. Ni los putos ángeles del cielo.

Pero los jueces y los rurales, ah, esos cabrones sí apuntarían al del corvo en sus libretas grasientas.

El jinete.

Un nombre vago, un hálito que se pierde Colchagua adentro entre cardales y majadas.

El humo azul del cigarrillo de Ahumada subió por el aire transparente de la atardecida, suave y quedo, mientras el jinete se perdía hacia Majuelo sin apurar la bestia, que tiraba cabezadas, tensando el bajador de tiento.

Fogonazo

De amanecida el hombre viene al medio trote de un corralero negro. Cruzando colinas pajizas, jaspeadas de matojos escuálidos.

La erosión ha dejado a la vista leves marcajes del período carbonífero. Rocas musgosas. Hueseras. Riadas resacas. Túmulos y canchas incásicas. Oquedades donde la luz se atora sin poder entrar y ahí se queda, destellando, atolondrada, en torno a las apachetas.

Terciada la Spencer a la espalda, según cuentan algunos que lo divisaron en el cruce La Rosa, el hombre cabalga quieto. La cabeza va erguida bajo el sombrero.

—Al pingo el hombre lo menta Flor de Durazno cuando lo invita a tirar cuesta arriba para subir desde lo hondo de una quebrada o un portezuelo —rejura un legañozo que volvía de andar trampeando conejos y que se lo habría cruzado, según cuenta, en el callejón de Las Varillas.

Algunos le cuelgan una carabina Browning de seis tiros, como las que llevan los pacos azules de la Rural. Lo más seguro es que se trate de una Spencer. Y al cinto el Smith & Wesson, junto al corvo historiado.

Ese sí sería Silva. El mismo que se puso la bandera de seda bordada con hilo de oro del batallón Ayacucho número 4 al cuello y salió galopando con ella bajo una granizada de sablazos.

Las colinas ocres fulguran bajo el sol de la tarde.

Su cantimplora rebosa de guachucho, del que destilan con peras chancheras. El otro, el aguardiente de orujo de uva, todavía no ha salido. Pero en fin, como todos sabemos hartó peor es el agua.

La trenza

Fue hace dos días, al salir al corredor de su casa, que la vio. Tuvo que contener las náuseas.

Era una trenza de culebras, retorciéndose desesperadas sobre el suelo enladrillado.

Mala señal.

Brujería, pensó. Y de la muy mala.

De golpe el jinete salió de sus cavilaciones al vislumbrar un resplandor de relámpago que destelló entre la calima en el horizonte marino de Topocalma.

Una liebre se le atravesó, asustada.

Viene el jinete inmutable, pasando la piedra brillante, dizque muy preciosa, de un lado a otro dentro de la boca y con la cabeza alzada bajo un chupallón tejido de paja fina de La Lajueta, teatina del color de la plata vieja y la manta de vicuña sobre el hombro.

Al tranco, por esa llanura que arranca de Idango arriba hacia La Aguada, arrastra un aire de héroe de la

antigüedad. De esos que están difuntos todos y duermen con disgusto entre el polvo su sueño agitado y nervioso.

Buen corvo lleva, grabado con árboles de la muerte y cruces de David. Dicen los que saben que las empuñaduras hechas con fichas, monedas, huesos y metales tienden a ser de la Pampa o de herrerías de Cabildo e Illapel, y de los cerros del Norte Verde. Los corvos de asas de cuero negro endurecido, cachos de vacadas, monedas de oro y círculos de madera, en cambio, suelen provenir de maestros de Aculeo, Alhué y ese Gran Sur que se pierde Chile abajo hasta La Frontera. Y tal vez más lejos, si hay Chile más allá del Toltén. De este ejemplar, un soberbio uña de demonio, solo sabemos que es antiguo y capaz de aurismar al más chuchas; suficiente equipo para el viaje, junto con la ya mentada caramayola con aguardiente que el jinete trae terciada y golpeándole las costillas. Malasa sí, ya hicimos la infidencia, porque sabemos de buena tinta que a la idahuina no la habían destilado por esas fechas. O ese elixir no había botado todavía los vapores ponzoñosos.

O por la huevada que fuera.

Pero, de nuevo: todo buen cristiano sabe que harto peor es el líquido que ofrecen, módicas, las vertientes del Secano Costero Chileno.

El estampido del cañonazo venido del mar sobresaltó al caballo, que dio un respingo alzando las orejas.

El Blanco Encalada, pensó el jinete sin dudarle. El Blanco, que viene a los tiros arrancando de Valparaíso. Ahí le tienen que haber dado una pateadura de padre y señor mío. Si no, ¿quién me explica por qué monjas clarisas anda disparando como un borracho a la cuadra de Idango?

Los sublevados tienen el blindado Blanco, la corbeta O'Higgins, el crucero Esmeralda, el blindado Cochrane, el monitor Huáscar y la cañonera Magallanes; el presidente apenas tiene unas cagadas de torpederas varadas dentro de un galpón, pasó lista el jinete con desánimo.

A estos del Blanco les tienen que haber tirado desde los fuertes. Seguro que lo afusilaron desde las costas con fuego graneado.

Y el capitán Goñi Simpson cortó cañoneando pal Sur, como pollo sin cabeza y atracándole firme a la botella de El Cometa.

El viejo

He aquí el viejo. Plantado en mitad de la tarde, con la barba blanca cayéndole sobre el pecho y los dedos nudosos y artríticos cuajados de anillas de cobre, cosechando tabaco montaraz. Tupa. Tabaco del diablo.

Al divisar al jinete saliendo de una hondonada, alzó en vago saludo el brazo del zurrón donde ordenaba las hojas pringosas.

El jinete respondió el gesto mientras se preguntaba para sus adentros: ¿cuándo habrá olvidado el hombre que las matas esas se cosechan con la primera mañana, igual que las tunas?

Se le acercó.

El viejo lo miró con los ojos aguados bajo la visera del quepí.

—Como trapos inmundos son nuestras injusticias —susurró, para volver luego a su tarea entre las hojas de Lobelia Tupa.

—Apareció la trenza de culebras —levantó la voz el jinete para que el viejo lo oyera.